

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Dindurra, 2, pral., izqda.

Tomen buena nota nuestros amigos, protectores y los que nos honran con el cambio de periódicos:

La dirección y administración de **RELIGION Y PATRIA** ha trasladado su domicilio a la calle de Dindurra, 2, principal, izqda.

UNA QUE NO PODIA

Se había puesto lo mejor que tenía, un pantalón de cuadros que fué una novedad allá por el año 89, su americana azul, escasa y pálida, su gran chalina crema, su hongo gris... Casi, casi, parecía un señor... ¿Quién diría que iba a pedir una limosna? La carta, un primor caligráfico, decía poco más ó menos así:

«Señora: soy un desventurado padre de familia, condenado por viles intrigas al negro ostracismo de la más honda miseria. Perdida la dotada medianía en que durante un no pequeño lapso venturoso de tiempo viví, veóme abrumado bajo el peso del grito de mis hijos que piden pan y no tienen madre. Porque soy viudo, señora. Y sólo gano 0,75 por llevar la contabilidad, un pequeño rato todas las noches, a un honrado confitero, compañero mío de la infancia.

Usted que es la bondad personificada, el manto de los desgraciados, el ángel de la caridad, la esperanza de los que lloran, me tenderá su mano de hada...»

Y el pobre hombre, sentado entre el perchero y un grupo de macetas, esperaba confiado y manso.

¿Cómo no esperar de aquella señora, rica hasta lo fabuloso, sin marido, sin hijos, sin obligaciones, sin cuidados?... Acaso saldría ella misma y, tendiéndole «su mano de hada», le haría pasar a uno de sus salones y se interesaría por su amarga situación, y pondría en su cartera porque él usaba cartera... ¿Cuánto?... ¡Oh, quién sabe!.. Y después le mostraría un camino, una senda por la que podría seguir sin afanes con sus hijitos de la mano...

Pasillo adelante, vió venir hacia él una doncella.

—Me dirá que pase—pensó él.

No, no le dijo ni eso ni nada. Le puso tan sólo la carta, su primor caligráfico, en las manos, abrió la puerta, le mostró la escalera...

—Pero... pero...—balbuceaba el infeliz. Y miraba a las manos de la doncella, escudriñando el sobre por si había algo entre los pliegues del escrito, tornaba a mirar a la doncella. Y así comenzó a descender de nuevo hacia «el negro ostracismo de la más honda miseria» sin el más mínimo socorro, sin ni siquiera el hueso que se tira a un perro...

Y mientras bajaba oyó a la insolente que chillaba el portero:

—¡Juan! ¿para eso está usted ahí?... Ya no faltaba más sino que lo hubiera usted metido por la escalera principal...

Por la escalera principal—alfombrada, magnífica con su David de mármol en un rellano y una Venus en otro—subieron la Marquesa y Lucía. Y fueron recibidas en el gran salón.

La dueña de la casa, ceremoniosa y fría, con su voz destemplada de solterona rancia, se dignó decirles que tomasen asiento y se dignó disponerse a escucharlas.

—Va a fundarse—dijo la Marquesa—un nuevo Centro obrero...

—Católico—apuntó presurosa Lucía.

—Eso es, católico—continuó la Marquesa—y, comisionadas por la Junta de señoras que trabaja en su fundación, hemos visitado a algunas personas para que nos ayudasen con algún donativo, y con el mismo fin acudimos a usted.

Hubo un silencio.

Y acudimos—comenzó Lucía—confiadas...

Y no supo decir más. Y hubo otros instantes de pausa.

La dueña de la casa rompió al fin.

—¿Pero es que se ha creído la gente que yo tengo alguna mina? ¿es que yo puedo acudir a todo lo que me piden? ¿Es que no tengo mis pobres a quienes dar?...»

—¡Señoral!...—exclamaron la Marquesa y Lucía.

Pero la otra no las dejó hablar y continuaba.

—¿No hay más que idear una obra y luego ir a pedir para sostenerla. Y además para esa canalla de obreros, que no dejan a una vivir en paz? No puedo, no puedo dar nada, ni un céntimo...

—¡Señoral!...

No, nada... Tengo que negarme... No doy ni un céntimo.

Y levantándose de pronto y haciéndoles una inclinación de cabeza, se salió del salón y las dejó plantadas...

Luego entró una doncella y las guió hasta la escalera principal.

La Marquesa bajaba en silencio, roja de vergüenza. Lucía, pálida de ira, estallaba en cortadas frases de indignación.

El señor cura párroco, ante la solterona hablaba así: las obras de la nueva iglesia exigen el apoyo de todos los feligreses... ¡Tantos años sin un templo capaz y digno! ¡tantos años sin el culto necesario!... Gracias a Dios los muros de la nueva parroquia van subiendo, pronto se verán los arranques de la bóveda... Para esas obras vengo a pedir a usted por caridad una limosna.

Y, tembloroso de emoción ante la perspectiva de una dádiva monstruo, esperó que hablase la señora.

—¡Nadal murmuró ésta, moviendo negativamente la cabeza.

—¿Qué dice usted, señora.

—Que nada.

El párroco no podía creer aquello.

—¿Pero?

—Nada, señor cura, nada... La gente se cree que soy inmensamente rica, y si algo poseo, lo tengo distribuido de tal forma que no me es posible gastar ni una peseta más... Tengo repartidas mis rentas entre mis gastos y mis obligaciones, que no son pocas ni pequeñas...

—Pero, señora, lo creo, estoy conforme con lo que usted me dice, mas para la parroquia, para su parroquia, ¿no va usted a dar nada?... Todos han contribuido con algo, hasta los pobres más pobres, me han dado diez, cinco céntimos... Déme usted aunque sólo sea eso... Que no me vaya de aquí con la amargura de que un alma, hija de la parroquia, no ha sabido ser generosa con ella...

—No puedo, no puedo,—seguida diciendo, impertérrita, la dama.

—¡No puede!—suspiró el cura—¿cómo ha de ser!—Y miraba aquellas paredes cubiertas de cuadros maestros, aquellas alfombras dignas de un alcázar, aquellos muebles maravillosos, aquellos objetos artísticos y raros que hermozeaban al lindo gabinete, y lo comparaba todo con el triste «no puedo»... Y pensaba en los gastos fastuosos de aquella señora y en sus viajes de capricho y en sus fincas inmensas y en sus barrios enteros de casas y en sus automóviles y en sus pájaros y en sus gatos y en su abono a los teatros, y lo comparaba todo con el ruin «no puedo». Y contemplaba aquellas

manos cuajadas de sortijas y las cadenas de oro al cuello y la vanidad y el gasto de los afeites y del peinado y el traje de rica tela y todos los refinamientos de aquel egoísmo insultante, y lo comparaba todo con el hipócrita «no puedo»...

—¿Y me dejará usted marchar con las manos vacías?—dijo por último.

—No puedo darle nada, lo siento mucho, me es completamente imposible.

Se levantó ella. Se levantó el párroco.

¡Cuán merecedores eran aquellos salones, aquel corazón duro, de que resonasen en ellos las temerosas palabras del Maestro: ¡Ay de los ricos!

En los escaparates de una joyería frecuentada por la aristocracia y por la burguesía del dinero, brillaba un soberbio par de pendientes, dos enormes solitarios valorados en cuatro mil duros.

Ya no están allí.

Los compró una vieja solterona para adorno de sus orejas de macaca.

J. Le Brun.

Eficacia del Santo Rosario

Federico Soulié, el célebre novelista, estaba para morir. Educado fuera de todo principio religioso, sin haber aprendido jamás una oración, el desgraciado escritor no pensaba para nada en su alma.

Una Hermana de la Caridad estaba de rodillas al pie de su cama y rezaba con todo corazón el Rosario. Las lágrimas bañaban sus ojos y rodaban por sus mejillas.

El enfermo levantó la cabeza, como sobrecogido de un ambiente sobrenatural.

—¿Qué estás diciendo, Hermana?

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

—¡Qué bello es eso!; repetido otra vez...

La Hermana volvió a empezar.

—¡Eso es magnífico!; quiero aprenderlo.

Y como un niño, de los labios de su madre, así Federico Soulié aprendió palabra por palabra la oración dominical de los labios de este ángel de la caridad, cuya oración había penetrado en el corazón de Dios.

Este hombre, que había blasfemado, que había trabajado por impedir que se extendiera el reino de Dios sobre la tierra, repetía ahora enternecido: «Santificado sea el tu Nombre... venga a nos el tu reino...»

Y murió con la paz en el alma, hija del arrepentimiento, después de haberse reconciliado con Dios, repitiendo estas fortificantes y suaves palabras: «Padre nuestro, que estás en los cielos.» Si en las casas cristianas se volviera a introducir y practicar el rezo del Santo Rosario, ciertamente que el reino de Dios dominaría en la tierra, y la paz, la caridad y el amor suavizarían la vida de todos los pueblos, puesto que todos, mirando al cielo, repetirían con amor fraternal: «Padre nuestro que estás en los cielos.»

MANUEL BALAGUER.

TAMBIEN LOS HOMBRES LLORAN

Revolviendo libretos y papeles en el viejo cajón de un viejo armario, entre flores, y cintas, y otras cosas —recuerdos tristes del ayer pasado— envuelto en un papel, medio escondido, he encontrado un rosario.

Pronto lo conocí. Distintas veces por él he preguntado; en muchas ocasiones fui en su busca, y nunca pude hallarlo. Y lo dí por perdido, como tantas otras cosas de antaño, que, sin que nadie se las lleve, pasan al oscuro rincón de lo ignorado.

Esta reliquia que encontré yo ahora, y que antes busqué en vano, es el rosario que mi madre, en vida, usó siempre a diario: es aquel cuyas cuentas repasaba entre sus dedos blancos, en sus horas de dulces alegrías y en sus horas, también, de amargo llanto.

Es una alhaja sin valor alguno este pobre rosario; un humilde rosario de madera, sin joya alguna y sin metales caros. Pero es, ante mis ojos, el objeto más rico y más preciado, pues tiene entre sus dieces la huella de sus manos, el perfume imborrable a mis sentidos de aquellos dedos pálidos, como si fuesen de marfil y cera, cual las viejas figuras de un retablo.

Hoy que lo vuelvo a hallar en mi camino, después de tantos años, sobre sus cuentas de madera y hierro mis ojos han llorado lágrimas tristes de dolor sincero, de su santa memoria en holocausto. ¡También los hombres lloran cuando les rinde un ideal romántico!!

Sobre la humilde cruz de su remate mis labios se han posado, y al hacerlo he sentido el íntimo calor de aquellos labios, pues tantas veces la besó mi madre, que quedó para siempre allí guardado. ¡Eterno beso que dejó la santa, sin duda, en mi pensando!!!

Yo, desde hoy, te prometo firmemente que no ha de separarse de mi lado; sobre su cruz entonaré mis hijos sus inocentes cánticos. Y cuando Dios disponga de mí cuerpo, para el eterno tránsito, a aquellos que amortajen mi persona desde ahora les encargo que, si quieren cumplir mi ambición última, ¡¡¡me atenen con él las manos!!!

GIMENEZ AGUIRRE

CHARLA

—¡Atíza! Ya están otra vez los vecinos de al lado armando jaleo. Y parece por las voces y los trastazos que es morrocotudo.

—Siempre están lo mismo; es claro, en la casa donde no hay religión hay... eso y mucho más.

—Ya estás tú con la muletilla de la religión; como si tuviera que ver lo uno con lo otro.

—Y tanto; a las pruebas me remito...

—Calla, ahora es el hijo mayor, Pepe que disputa con el padre... ¡le insulta!... ¡Quiere pegarle! El padre parece como que está acobardado... no chista...

—¡Buena desgracia de casa!

—¡Paf!... ¡Una guantada!... ¡Oye, oye; y fué el hijo a su padre! ¡Cállate, como que no estamos en casa, por si

hay algo más gordo, que güéleme lo va a haber. No nos llamen después a declarar, que yo no quiero líos con la justicia.

—Nada tengo que agradecerle. Usted ha sido para mí peor que un verdugo. Por usted y con usted he aprendido a odiar, a vivir siempre renegando de esta cochina vida. Todo no se reduce a dar de comer y mal comer a los hijos, hay también que enseñarles lo práctico en el vivir para salir a flote en las adversidades y en la lucha por la existencia...

No sé, no sé que es lo que me falta que vivo desconcertado, con fuego en la cabeza y rabia en el corazón, sin saber quién puede, si le hay, mitigar este infierno. ¿Qué pasa en otros, qué impulso les mueve para disfrutar de esa tranquilidad y paz que yo no conozco ni remotamente? ¿Quién les ha enseñado a ser así? ¿cómo, dónde? Tú, viejo marrullero, que naciste antes que yo, ¿no sabes de estos talismanes y dónde se adquieren? ¿Por qué no me los proporcionaste a su tiempo a fin de verme desgraciado como te gozas viéndome ahora?... ¡Mal padre! ¡Verdugo mío!

—Mal padre no. Verdugo tuyo no; tú mío, que acabas de abofetearme. Te mandé a una escuela para que aprendieras a leer, a escribir, a contar y supieras ganarlo...

—Y supiera también imponerme y rebelarme contra todo y contra todos los que a mis pasiones se opusieran. Yo admití aquí, en este corazón maldito, todas las pasiones que se me antojaron y esas, lejos de traerme lo que yo esperaba, me trajeron anhelos de destrucción y enfermedades de las que me veo morir... pero antes irás tú... porque te odio. Eso que el maestro en mi niñez y tú, pagándole, habeis metido aquí, os lo vais a tragar hasta reventar. Yo me iré de este mundo pronto, pero no iré solo. He de hacer que sea sonada. La escuela y tus empujones tienen que dar sus frutos... ¡Ja, ja, ja!

—Estás loco, hijo infame.

—Ya lo se que estoy loco y que soy hijo infame. A otra cosa no me enseñaron. No está loco, ni es hijo infame Ramón, mi compañero de taller, pero es que a él le enseñaron otras cosas muy distintas de las mías, en las que yo no creo, porque tú y el maestro me dijisteis siempre que eran fábulas de curas y supersticiones de beatas. No importa; haberme engañado con esas fábulas y esas supersticiones, como se engaña a los enfermos con la salud y hoy no viviría renegado.

—No tengo yo la culpa toda. El partido nos exigía ésto y mucho más.

—El partido que nos ha partido a todos y tú y el maestro hicisteis esta víctima que antes de irse al otro barrio va a dejar recuerdos... ¡Ea! vengan las 100 pesetas que necesito para hoy.

—También yo las necesito...

—Si, para borracheras y para seguir educando con tus escándalos a mis hermanos pequeños. No todo lo hacen los maestros... del partido.

—¡No te las doy y no te las doy!!...

¡Santo Dios!... ¡Un tiro! ¿Quién habrá caído? No te muevas, Elvira... aquí no hemos oído nada... Les tengo un miedo atroz a los de la Curia y a los compañeros por si declaro algo más de la cuenta... ¿Quién habrá caído?...

Mira, Elvira, esto que acabamos de oír me ha valido a mi más que un sermón...

Mañana mismo sacas a Perico de esa escuela y lo llevas a la de los Hermanos. Ni una palabra más. Aunque me cueste el cocido... Más caro le salió al vecino.

—¡El decir a Dios que estos hombres para escarmentar necesitan verlas muy gordas primero.

Una carta de la madre de Loubet

De una carta de la madre del que fué Presidente de la República francesa, extractamos:

«Amado hijo: Tal vez esta será mi última carta... Si te la escribo, las circunstancias me obligan...

Desde el malhadado día en que fuiste elegido Presidente, comenzaste a humillarme, viéndote renegar de nuestras tradiciones católicas; y todas aquellas señales exteriores de amor que querías darme eran amargadas con tus malas acciones. Yo no entiendo de leyes ni de política; no obstante, mi criterio de cristiana, de madre y de francesa, me obligan a condenar los tristes trabajos que hiciste y autorizaste... Me dicen—¡ay de mí!—que han firmado un decreto que expulsa a tus Hermanas las educadoras de nuestra patria. Por este decreto y por tu cobarde consentimiento, la fuerza echará de sus domicilios

a estos ángeles de caridad, como a ladrones y asesinos...

Si fuera cierto que te has manchado con tales iniquidades... no me vengas, hijo desgraciado, de aquí adelante con falsas protestas de amor; que ya no te creeré: siempre rechazaré los besos de aquel contra el cual todas las generaciones futuras vomitarán imprecaciones. Entre esas imprecaciones de las madres francesas, forzosamente debe acompañar la de tu misma madre... No quiera Dios que caiga sobre tu cabeza el castigo que prepara el Cielo contra los hijos ingratos y sacrílegos.

Tumadre... *Viuda Loubet.*»

203.648,76 Pesetas

Esta cantidad fué el resultado definitivo de la Colecta del «*Día de la Prensa Católica*» de 1932 en la Diócesis de España, según los datos que ha publicado la *Institución «Ora et Labora»*, de Toledo.

La cifra es mayor que la de 1931, excediéndola en **24.651,98** pesetas.

DISTRIBUCION

	Pesetas.
<i>Al Dinero de San Pedro...</i>	20.360,74
<i>Al Tesoro Nacional de la Buena Prensa.....</i>	40.721,53
Distribuido por los Rvms. Prelados entre las publicaciones católicas de su propia Diócesis.....	122.205,75
Reservado (mitad en el Centro General y mitad entre todas las Juntas Diocesanas) para repetir, extender y perfeccionar la fiesta.....	20.360,74
Total distribuido, igual al colectado.....	203.648,76

La del corriente año 1933, será considerablemente más crecida, por haberse celebrado el «*Día de la Prensa*» en mayor número de Diócesis y pueblos, y se recomienda a todos el rápido envío de las colectas a las Juntas Diocesanas del **DÍA DE LA PRENSA** para que éstas hagan su liquidación y el resumen general se publique más pronto.

«*Sería menester arrastrar ante los tribunales a los padres que envían a sus hijos a las escuelas en cuyas puertas hay este escrito: Aquí no se enseña religión.*».—*Victor Hugo.*

RECUERDOS QUE CONVIENEN

1902:

La Administración del Hospital de Toulon, hizo quitar los Crucifijos de todos los dormitorios, a pesar de las protestas de los enfermos, que a ello se oponían, y los cuales, a los pocos días, los volvieron a colocar ellos mismos, sin que nadie se atreviera a decir nada en contra, pues sin duda los encargados de aquel establecimiento pensarían que la voluntad de los enfermos, declarada tan clara y enérgicamente merecía ser respetada, en nombre de la libertad de conciencia.

He aquí la opinión del doctor Plemen, médico-director del Hospital de una ciudad importante de Francia, respecto a la laización de los hospitales:

«Prescindiendo de la cuestión religiosa y considerando el asunto desde el punto de vista material, yo prefiero la Hermana de la Caridad a la enfermera laica, porque ésta no ha renunciado como aquella a los goces de la

Folleton de RELIGION Y PATRIA (39)

DIGNIDAD

tanta ansia esperado? Su culpa, de que tanto se había arrepentido, ¿no estaba suficientemente castigada?

Con una emoción vivísima rasgó el sobre, y lo primero que saltó a su vista fué un talón contra el *Crédit Lyonnais*: en el que leyó, asombrada, esta suma: «75.000 pesetas».

En seguida pasó su vista por una carta, que decía así:

«Querida Lucía: Creo inútil explicarte mi brusca desaparición. Sobradamente habrás comprendido la causa que la motivó.

»Adjunto te envío esa cantidad, que creo será, aproximadamente lo que haya podido consumir de tus rentas durante los dos años que viví de ellas.

»Siempre me creí moralmente digno de tí; ahora lo soy también materialmente: poseo un capital exactamente igual al tuyo.

»Si tú no has dejado de ser digna del hombre que ha luchado contra los mayores peligros por igualarse a tí, ven.—*Gustavo.*

Temblando de alegría y de temor dió Lucía dos golpecitos en la puerta de la habitación que su marido ocupaba en un gran hotel.

El la esperaba: abrió y se encontraron frente a frente, mirándose enterrecidos.

Fué ella la primera que, extendiendo hacia él sus manos suplicantes, dijo:

—¿Me has perdonado ya, Gustavo?

El sin responder, la atrajo hacia sí, la miró a los ojos, y los suyos expresaron, al fin, una tranquilidad absoluta, y en una voz velada por la emoción, dijo:

—A mi Lucía adorada la perdoné en el acto; pero a la rica señorita de Herráiz no la he perdonado hasta hoy.

Ella llora en silencio, apoyando la cabeza en el hombro de su marido, que continuó:

—Para llegar a esto, no sabes lo que he sufrido, lo que he luchado. Fuí muy lejos, a un lugar donde se muere o se triunfa, y donde tú no podías encontrarme: temía que volviéses a vencerme, y mi dignidad no me permitía vivir de una mujer.

Lucía hizo un gesto doloroso, que él comprendió.

—No, no te arrepientas de haber di-

cho aquellas palabras que me recordaron mi inferioridad. Al contrario, los dos tenemos que alegrarnos; gracias a ellas, yo he dejado de ser el rentista consorte, y al mismo tiempo los dos nos hemos asegurado de nuestro cariño, que ha persistido a pesar de estos siete años de separación en mí, estando ofendido, y en tí, viéndote abandonada.

Se miraron: los dos tenían las sienas grises; la mirada un poco apagada y, junto a la boca, unos surcos que delataban sus pasados tormentos.

Pero aquellas canas daban mayor interés a sus rostros jóvenes; los ojos volvieron a tener el resplandor de otros tiempos, y las arrugas de la boca desaparecieron esfumadas en una sonrisa de amor intenso.

Con aquellos siete años de dolor habían comprado la felicidad para el resto de la vida.

Sara Insúa.

«*Crear una verdad, y permitir que sea hollada y escarnecida, reconociendo en los demás el derecho de negarla ¿qué otra cosa puede significar sino una grande hipocresía o una cobardía tan grande, o porque no se tiene fe en lo que se afirma o porque no se tiene el valor de defenderla?*».—*V. Mella.*

familia y no puede esperarse de ella que al entrar en el Hospital olvide todas estas afecciones.

¿Qué sucedería, pues, el día en que se declarase una epidemia? ¿No sería natural que temiera llevar el contagio a su familia? Y entonces, tendría que optar, si tenía hijos, entre ser una mala enfermera o una mala madre. Esto es horrible, pero es humano. Y debería llamar la atención de los que solo juzgan las cosas desde el punto de vista del interés general.»

Celebrábase hace algún tiempo en las escuelas de Strasburgo el cumpleaños del Emperador Guillermo II y, con tal motivo encargóse a un niño de ellas leer una composición, en honor del Emperador, en la solemne sesión que tuvo lugar en el salón del Ayuntamiento; mas como en dicha composición hubiese un pasaje injurioso para

la Francia, al llegar a él detúvose el niño en su lectura.

Apremiado por su profesor para que continuara, dirigiéndose el niño al auditorio dijo, llorando:

—¡Soy francés y no me es posible!

A semejanza de este pequeño alsaciano, cuando alguien nos induzca a ejecutar un acto o a proferir una palabra en contra de nuestras convicciones religiosas, sepamos contestar valerosamente:

¡—No me es posible; soy cristiano!

Según noticias publicadas por los periódicos de Auxerre (Francia), los enfermeros y enfermeras del Hospital de aquella población se declararon en huelga, pretextando exceso de trabajo ocasionado por una epidemia.

Las Hermanas nunca se quejaron de exceso de trabajo, y precisamente en tiempo de epidemia es cuando redob-

laban su celo en favor de los enfermos.

Es natural que el que no es enfermero por vocación, sino por profesión mezquinamente retribuida, no se encuentre con ánimos para sacrificar su vida por sus semejantes.

El laicismo no es escuela de héroes.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D.^a A. S.—Salamanca.—1934.
Sr. D. J. L. F. Campomanes.—1934.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

CÉSAR ALVAREZ
DORADOR
TALLER DE PINTURA • GIJÓN •
Avenida del Molinón
PRESUPUESTOS GRATIS

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA
Pl y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia :: Compra de oro, platino y brillantes. Pago todo su valor.

ULTRAMARINOS FINOS
Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31
GIJON Teléfono 2934

LA
Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

DOCUMENTOS de toda clase, logra de altos centros Estado, realiza gestiones, tramita asuntos activamente.

IMPORTANTE: Toda publicación católica, deberá remitir tarifa anuncios económicos número muestra.

Fernando Gil Cala.—Jaén, 7, pral. MADRID

Imp. LA RECONQUISTA—Gijón

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

"ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.^{ta})

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas
Artículos de hierro fundido, como bañadas de agua, lucernas, columnas, baños de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

OBRAS TEATRALES

(De propaganda social)

- El Anarquista..... 1 peseta.
- Mitin socialista..... 1 »
- Jauja..... 1 »
- El Señorito..... 1 »
- El Requeté..... 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30-31-32, a 4 pts. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Prestitud :: Esmero :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde

Corrida. 64 — Teléf. 400 GIJON

El dolor de estómago le impedía trabajar hacia años...



Hoy como de todo, trabajo y he recuperado la alegría de otros tiempos...

Esto dice don Casimiro Florido, de Los Santos de Maimona (Badajoz), Carretera Chica, 4, en la carta que nos ha dirigido relatando la curación definitiva con la CURA N.º 13 DEL ABATE HAMON, de la dolencia del estómago que sufría hacia años. Muchos cientos de curados se expresan en parecidos términos.

LA CURA VEGETAL N.º 13 DEL ABATE HAMON asegura desde el primer día una digestión natural, sin dolor ni molestias y sin necesidad de régimen alimenticio. Es el remedio sano y cómodo que cura todas las dolencias del estómago normalizando las funciones del aparato digestivo. Pésetas 8'30 la caja para 90 tazas o un mes. Venta Farmacias, Peligros, 9, Madrid y Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.